

# El Remate

Maricel Hernández



Image not found.

# Capítulo 1

## El Remate

El pueblo esta pobre. La temporada de sequía se extiende cada vez más. Los granjeros miran descontentos el suelo seco. El polvo inunda el aire metiéndose en las fosas nasales, provocando una serie de estornudos contagiosos que van dando vida a fuerza de sonido al lugar muerto.

Alfredo Patricio Bernardo Ayala se sienta en la cabecera de la mesa para cuatro personas. El sudor le humedece la piel dándole un brillo acuoso. Mira a su mujer, Alba, quien silenciosamente le sirve un plato de sopa. Luego a sus dos hijas, Laura y Carmela. Las dos jóvenes comen con avives.

La mujer no. Tiene los ojos perdidos y un aura decadente.

Alfredo no tiene hambre, pero se esfuerza por tragar algo.

El líquido caliente en su boca le provoca arcadas. Alba hace ademán de levantarse, pero él la detiene con la mano mientras se aproxima al baño.

Los azulejos se caen a pedazos. La luminaria fluorescente del techo parpadea, proyectando sombras incoherentes en las paredes descascaradas que se vienen abajo.

Vomita. Pero no le importa. Comer ahora no lo salvara de la calle. Dentro de un mes le remataran la casa. Ni Laura ni Carmela lo saben y no lo sabrán hasta dentro de un minuto antes de que los agarren y los avienten fuera de ahí.

En la mesa reina el mismo silencio. Las hermanas se miran de reojo. Nadie dice algo que todos saben. Ellas también saben, no son tontas. Ven los platos vacíos, oyen a su madre llorar por las noches, sienten el nerviosismo en las pisadas de su padre al cruzar el umbral y no ven sus ojos porque baja la mirada.

Carmela, aludiendo necesitar aire, sale a la calle. El sol le quema la frente mientras camina en un sendero repleto de malezas que descosen su vestido y provocan pequeños rasguños en la piel morena de sus piernas.

Pareciera que deambula, que no va a ningún lado, que solo se encapricho con salir a pasear esa tarde tan calurosa.

Cuando llega a destino se encuentra con una casona vieja. Los vidrios de las ventanas están rotos, solo las cubren cortinas de colores oscuros, y las telas de araña decoran los rincones descuidados.

Pero el lugar no está deshabitado. Carmela oyó hablar a escondidas muchas veces de este sitio.

Respira el aroma puro de los árboles mientras golpea la puerta. Cuando ésta se abre, el aire se enturbia asquerosamente.

Laura se peina frente al espejo. Pero no mira su reflejo, sino a su hermana, sentada al borde de su cama, detrás suyo.

Lo escuché hoy mientras hacía mandados. - Dice.

No obtiene respuesta.

Vuelve a pasar el cepillo en su largo cabello negro. Las dos tienen el cabello negro. Son muy parecidas.

Es casi medianoche. Se dirige a la cocina y prepara un té para su hermana, quien lo toma con ojos soñolientos.

Carmela tiene los ojos rojos todo el tiempo. Alba piensa que está enferma. Alfredo no sale de su habitación, dice que quiere dormir, nada más que dormir. Ella tampoco tiene deseos de levantarse, pero lo intenta por sus hijas, para que la vean firme.

Piensa que el tiempo se alarga demasiado, mira por la ventana y es de día, siempre es la mira hora de la tarde, donde nada se mueve. Quisiera que se rompa el encanto de ese momento y los echen de una vez, antes que seguir aguardando sentada.

Pero el momento se hace esperar. El matrimonio siente la angustia de envejecer cien años antes de que llegue.

Alfredo, sentado en la cabecera de la mesa, está aliviado porque se ha acabado el plazo. Lo dice a viva voz, contento. "No queda nada más que hacer", y se llena el buche de comida, famélico.

Alba, animosa, trae el tarro de las tostadas para ofrecerle. Alfredo lo desenrosca, pero al ver lo que contiene, empalidece.

Mira iracundo a su mujer, quien aterrorizada le dice que ella nunca hubiera podido juntar tanto dinero en un mes, que es vieja, que es fea, que es una mujer decente.

Entonces las observa a ellas. Detiene la mirada en cada una, como buscando una mancha, un vestigio de culpabilidad en las caras idénticas.

Ninguna responde.

La puerta es demolida por los defensores de la ley, mientras Alba toma los billetes, desesperada, antes de que se terminen de resquebrajar los últimos soportes de la casa.